

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre...	27
Semestre...	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Real orden autorizando á las escuelas normales de maestras y á las superiores de niñas para suscribirse á LA VIOLETA.—Estudios históricos: Alfonso VIII el Niño, ó el de las Navas, por D. Julian Castellanos (continuacion).—La Media naranja: novela original de la señorita doña Rogelia Leon (continuacion).—Explicacion del figurin que se reparte con el presente número.—Revista de teatros: álbum de LA VIOLETA, por D. Joaquin Tomeo y Benedicto.—Suscripcion para socorrer las desgracias ocurridas por la inundacion de Valencia.—La Pastora del Guadiela, novela original de la señora doña Faustina Saez de Melgar: pliego 63, que se reparte tambien á los suscritores.—Seccion de avisos y anuncios.

educacion, ciencias, labores y modas, titulado LA VIOLETA, de que es Directora y propietaria doña Faustina Saez de Melgar.

Madrid 15 de noviembre de 1864.—El director general, Eugenio de Ochoa.

En la Gaceta del dia 27 de noviembre se ha publicado la siguiente real orden:

DIRECCION GENERAL DE INSTRUCCION PÚBLICA.

Negociado 5.º

De conformidad con el dictámen del Real Consejo de Instruccion pública, la Reina (Q. D. G.) se ha servido autorizar á las escuelas normales de maestras y á las superiores de niñas para suscribirse al periódico de literatura,

Dos años hace hoy que apareció nuestra humilde publicacion en el estadio de la prensa. Durante este tiempo nuestro constante afan ha sido elevarla á la mayor altura, haciéndola digna del ilustrado público que nos ha favorecido y de la escelsa Reina que, no solamente se ha dignado patrocinarla con su augusto nombre, sino que hoy la concede una nueva honra declarándola de testo para las escuelas de niñas, y autorizando á las escuelas normales y á las maestras superiores para suscribirse, cobrando el importe de la suscripcion del material destinado á las escuelas.

La coleccion completa de LA VIOLETA ha sido examinada por el Real Consejo de Instruccion pública, que la ha declarado de notoria utilidad y suma conveniencia para la ins-

truccion primaria, para la educacion de la mujer y de las maestras que tanto necesitan un consejero constante y competentemente autorizado para demostrarles los mejores métodos de enseñanza, los sistemas de educacion mas completos y mas convenientes en cuanto á la parte moral y religiosa, así como tambien la parte de labores necesaria en todas las escuelas.

Las maestras comprenderán lo inmenso de este beneficio que deben á la inagotable bondad de nuestra Reina, cuando vean que el periódico que gratuitamente les ofrece promete desde luego corresponder dignamente á tan señalada honra, haciendo desde 1.º de año notables reformas, todas encaminadas al objeto que nos proponemos, cual es la educacion de la mujer, la enseñanza de la niñez. Tendrá, como hasta hoy, sus secciones correspondientes de historia, geografia, ciencias, artes, moral y labores. Se aumentará en mayor escala esta última, y añadiremos otras sobre instruccion primaria y educacion que completen nuestro pensamiento, haciendo de nuestra publicacion un periódico útil, ameno y agradable.

Publicaremos desde 1.º de año todas las reales órdenes referentes á instruccion primaria para las maestras: irán dentro del periódico, para que, coleccionado en fin de año, puedan siempre tenerlas á la vista.

Tambien en las cubiertas se anunciarán las vacantes de escuelas y todo lo referente á este ramo que puede ser útil á las profesoras.

Como nuestro periódico no ha de consagrarse esclusivamente á las maestras, sino que aspira á ser necesario por todas las clases de la sociedad, continuará como hasta aquí con las mismas materias y los mismos figurines y grabados; siendo la de primera enseñanza una seccion mas que se aumenta con sus correspondientes pliegos para toda clase de labores de utilidad y de adorno. Por lo tanto, nuestras sus-

critoras siempre van ganando, encontrándose sorprendidas con las mejoras que sin anunciarlas estamos introduciendo continuamente.

Era de necesidad urgentísima para las escuelas de niñas un periódico de esta clase que, defendiendo sus derechos é intereses, las proporcionase, al par que instruccion, modelos de todas las labores necesarias y dibujos para bordados, sin gravarse en costear el precio de suscripcion que para las maestras es mucho, aunque insignificante, y para los ayuntamientos de cada localidad es bien poco, y muchísimo menos comparado con el inmenso beneficio que ha de reportar á esa clase respetabilísima por todos conceptos y digna de la mas alta proteccion.

Concluimos elevando á los pies del trono la sentida espresion de nuestra profunda gratitud, que hoy al recibir esta nueva prueba de la augusta munificencia se desborda de nuestro corazon, lleno de la mas ardiente adhesion y el mas acendrado y respetuoso amor hácia la augusta Reina, que cual madre benéfica tiende su mano protectora á todas las clases de la sociedad y á todos los españoles que solicitan su augusto patrocinio.

LA REDACCION.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ALFONSO VIII EL NIÑO, Ó EL DE LAS NAVAS.

III.

(Continuacion) (1).

Pero las almas grandes no desmayan nunca en medio de los peligros, y D. Alfonso, cuyo carácter enérgico no se desmintió nunca, no dió cabida en su pecho al desaliento, á pesar de conocer perfectamente la critica posicion en que se encontraba; así que,

(1) Véase el núm. 101.

fiando nada mas en sus propias fuerzas y en la justicia de su causa, no solamente penetró por Andalucía llevando el terror á los moros de Úbeda, Jaen y Andújar, sino que avanzó resuelto hasta las playas de Algeciras, y desde allí mandó una arrogante carta al Emperador de Marruecos, diciéndole que, si no queria venir á luchar con él á Castilla, que le mandase barcos y él pasaria con sus cristianos á buscarle á África.

Al recibir aquel cartel de desafio, el furor de Aben-Yussuf no tuvo límites, y ardiendo en ira hizo leer la carta á todos los jefes de sus kabilas, y mandando sacar la espada grande y el pendon rojo, ordenó se preparasen todas las provincias para tomar parte en el alghied (guerra santa).

Á su llamamiento acudieron cuantos almohades, zenetas, alárabes y mazamudes podian blandir la cimitarra, formando una hueste inmensa, con la cual salió de Marruecos el 18 de giumada, primera 501, desembarcando en Algeciras.

Al ver D. Alfonso tan numeroso ejército, que constaba, segun dice Luis de Mármol, de cien mil caballos y trescientos mil peones, se retiró á Toledo, y desde allí pidió ayuda á los monarcas de Portugal, Aragon, Leon y Navarra.

Ofreciéronle todos los socorros que pedia, asegu-rándole que ellos en persona acudirian con su hueste á reunirsele en su corte.

Pero el tiempo se deslizaba sin que el auxilio ofrecido llegase, y el ejército musulman seguia su marcha sin encontrar resistencia alguna, devastándolo todo, como una inmensa nube de langosta.

Entonces D. Alfonso salió al frente de los suyos á observar las operaciones del enemigo; y despues de algunos dias de marcha, encontró á la hueste contraria acampada cerca de la villa de Alarcos. Su número era tan considerable, que los valles y las colinas se veian llenos por sus blancas y redondas tiendas, semejan-do una inmensa bandada de palomas que al posarse habia cubierto con sus nevados cuerpos aquel estenso campo.

El dia era claro, sereno; los ardientes rayos del sol de julio se quebraban en las adargas y en los petos, haciendo contrastar notablemente el lujoso atavío de la hueste agarena, engalanada de blancos y

rojos alquiceles, de garzotas de vivísimos colores, y de revueltas tocas de lino, con la severidad de los guerreros castellanos, cubiertos de acero y suela.

D. Alfonso observaba atentamente á los contrarios, presa su alma de horribles temores por la tardanza de los socorros prometidos, y en su corazon luchaba el deseo de venir á las manos con la necesidad de esperar aquellos refuerzos tan precisos para que no se desgraciara una empresa de la cual estaba pendiente el porvenir de Castilla.

Pero las tropas tan ansiadas no venian, y el Rey, no creyendo decoroso retirarse habiendo sido el primero en desafiar al mahometano, se vió en la precision de presentar la batalla.

Dada la señal, las dos huestes se arrojaron una contra otra con un ímpetu terrible, y D. Alfonso, lleno de bravura, se dirigió en busca del Miramamolín, resuelto á medir con él su acero; pero, equivocándose, arrancó de un lanzazo la vida á uno de los valles mas principales.

La lucha seguia indecisa, cada cristiano se batia con una multitud de enemigos que le convidaban con la muerte; pero nadie cejaba, cuando, segun dicen algunos historiadores, D. Diego Lopez de Haro abandonó el campo seguido de la gente que conducia, sembrando de este modo la confusion en los castellanos, que empezaron á ceder, y dando nuevo brío á los árabes, que, acometiendo con mas vigor, arrollaron por todas partes á los defensores de Cristo.

D. Alfonso se encontró perdido, su hueste huía desbandada ante los alfanges de los hijos del Desierto, y él, con un pequeño escuadron, veíase encerrado en medio de la muchedumbre enemiga.

Pero la desesperacion le prestó fuerzas en tan supremo trance, y cargando denodadamente rompió el círculo de acero en que se hallaba cogido, y se abrió paso á lanzadas, logrando guarecerse tras las murallas de Alarcos.

Los árabes, orgullosos con su triunfo, se arrojaron sobre la villa, entrándola á sangre y fuego con la esperanza de hacer prisionero al monarca vencido; pero el Rey castellano habia penetrado por una puerta y salido por otra corriendo hácia Toledo, acompañado de muy pocos caballeros.

Algunos escritores antiguos ven en la pérdida de

esta batalla un castigo impuesto por el cielo al Rey D. Alfonso, á quien presentan en ilícitos amores con una judía; pero este cuento ridículo, inventado por los árabes, es una de las muchas fábulas con que trataron de amenizar sus escritos algunos crédulos historiadores.

III.

La desgraciada rota de Alarcos, al paso que dió nuevo aliento á los hijos del Profeta, tanto que ensoberbecidos con su triunfo hicieron dos acometidas, talando en una las cercanías de Toledo, Madrid, Alcalá, Cuenca y Uclés, y asolando en la otra las comarcas de Maqueda, Talavera, Plasencia y Trujillo, ocasionó males sin cuento á los monarcas cristianos.

Alfonso VIII, resentido con los Reyes de Leon y Navarra por la tardanza de enviarle los socorros ofrecidos, movió sus armas contra ellos encendiendo de nuevo la tea de la discordia civil, sin mirar que las fuerzas que perdía en aquella guerra fratricida le eran harto necesarias para contener los progresos de los bárbaros.

De esta manera las monarquías cristianas volvieron nuevamente á verse envueltas en intestinas luchas, y los campos de batalla se esmaltaron una vez mas con sangre generosa.

Tres años próximamente duró este período turbulento, hasta que los monarcas de Castilla y de Leon, que eran los que con mas encarnizamiento peleaban, dieron paz á la mano, merced á los saludables consejos de los Prelados de ambos reinos.

La paz fue firmada por fin entre los dos Reyes, y el casamiento del leonés con la infanta doña Berenguela, hija del castellano, celebrado en 1197, acabó de echar los cimientos de aquella alianza, que, á no haber sido por la fatalidad, hubiera dado pingües y venturosos frutos.

Ajustadas ya las paces con el Rey de Leon, el navarro vino tambien á buen terreno, y desde entonces hasta 1208, en que la union de la infanta de Castilla, doña Urraca, con el príncipe heredero de Portugal, D. Alfonso, acabó de asegurar la paz entre todos los monarcas cristianos de España, solo

vemos empeñados á castellanos y aragoneses en conquistar el reino de Navarra, abandonado por su Rey para acudir á África, segun unos, á unirse con una hija del Emperador de Marruecos, y, segun otros, en busca de refuerzos con que resistir la invasion de que eran objeto sus Estados.

Pero, como llevamos dicho, en 1208 la paz sonreía á las monarquías españolas, y sus Reyes pudieron dedicarse con todas sus fuerzas á combatir de nuevo al enemigo comun.

No fue el último D. Alfonso en aprovechar la ocasion que la fortuna le deparaba; así que, ordenó preparar sus huestes para salir contra los infieles, ansiando vengar el descalabro de Alarcos, y en tanto que los aprestos necesarios se hacian, aplicó su celo á fomentar las letras, dictando tambien acertadas medidas para el gobierno interior del reino.

La fundacion de la Universidad de Palencia y la elevacion á la Silla primada de Toledo del ilustre Prelado D. Rodrigo Jimenez de Rada, por muerte del belicoso D. Martin de Pisuerga, fueron el fruto de este pequeño período de descanso, pues aprestada la hueste, el Rey, de acuerdo con los caballeros de Calatrava, provocó á los almohades, entrándose por las comarcas de Jaen, Baeza y Andújar.

Al tener noticias de esta agresion el nuevo Emperador infiel, Mohammed-Aben-Jacob, apresurose á recoger el guante que le arrojaba el castellano, y publicando la guerra santa desembarcó en España con una muchedumbre inmensa de combatientes, resuelto á unir de nuevo á su yugo toda la Península.

D. Alfonso, al ver la innumerable hueste contraria, acudió á sus aliados, y bien pronto las brisas perfumadas del Tajo mecieron con su blando soplo en la vega de Toledo los regios estandartes de Aragon y de Castilla, y las enseñas de multitud de príncipes y nobles extranjeros que, atraídos por la fama de la empresa, acudieron á tomar parte en tan gigantesca lucha.

(Se concluirá.)

JULIAN CASTELLANOS.

LA MEDIA NARANJA.

NOVELA ORIGINAL

de la

SEÑORITA DOÑA ROGELIA LEON.

(Continuación) (1).

Al entrar en él se soñaba con una dicha casi fantástica, con una soledad envidiable, con una paz no interrumpida, y, sin embargo, ¡cuántas lágrimas se habían derramado allí, cubiertas por la mentira del lujo y la careta de la sociedad!

Solo y mudo estaba el aposento, y apenas algun rayo de claridad podía asomar la cabeza por las dobles cortinas, puestas con estudiada coquetería.

La luz brillante y hermosa del sol solo se atreve á entrar en los humildes aposentos, donde no le ponen valla ni obstáculo, recibéndole siempre con sonrisas y bendiciones.

Pero ya se guardaría muy bien de alumbrar habitaciones donde hay que ocultar lágrimas y fingir felicidad.

Por eso los ricos han dado en poner dobles colgaduras á sus balcones. Las medias tintas son muy á propósito para ocultar la desgracia del corazón.

En un extremo del gabinete estaban colocados los dos cuadros superiores á todo elogio que ya conocen nuestros lectores, pintados por la hermosa Julia.

¿Por qué no habían sido presentados en la exposición? Había dos causas para ello poderosas en extremo, y con las cuales había luchado la joven dos días antes de tan celebrado certamen.

Ahora mismo, cuando llegó á su gabinete, se arrojó en una butaca con desaliento, y despues de pasar un rato abstraída en sus meditaciones, sacó dos cartas que vamos á leer, aunque parezca descortesía colocarse detras de Julia y sorprender sus secretos.

En una decía así:

«Julia mia! Estamos arruinados, perdidos. El negocio en que teníamos todas nuestras esperanzas, ha fracasado. Mi esposo está desesperado en este país

de frío egoismo; aquí solo se vive al tanto por ciento.

«No sé lo que será de nosotros, ni qué será de esa casa el día en que se sepa nuestro destino. ¡Vete!... ¡Julia, vete, y no presencies el cuadro de desolacion que va á presentarse! Llama á mi hermano Arturo, y confíale nuestra desgracia; que él, como hombre enérgico, se ponga al frente de ella, y tú, hermana mia, apártate de mi triste destino. Ve á gozar á la corte los placeres de que yo te he arrancado sin piedad. No acuses mi egoismo: yo no creía nunca el golpe cruel que nos amenazaba. Todos saben aquí nuestra derrota: hemos perdido la fuerza moral, que aquí es el dinero. Nuestra España es un mancebo generoso y este país un viejo avaro. ¡Y eso que creíamos que se había metalizado tanto!... España siempre tendrá mas hombres desinteresados que ningún país, porque la sangre española es demasiado caliente y fogosa para resistir el peso del frío metal.

«Adios, Julia: quisiera escribirte mucho, pero tengo en la cabeza un tormento que no me deja reposar, ni menos coordinar ideas para escribir.

«Adios: tu hermana,

«ELENA.»

La otra carta decía así:

«Sé que va V. á presentar sus cuadros en la exposición, y le aseguro desde luego el premio; pues todos son mis amigos, y yo les he hablado en favor de su obra. La junta académica se inclina hácia ella sin haberla visto, y todos me han prometido votar en su obsequio.

«Este es el pago que da á su aborrecimiento injusto,

«CÁRLOS JIMENEZ FUENSALIDA.»

—¿Y quién te ha pedido protección? exclamó Julia arrojando la carta con desprecio. ¿Por qué me insulta ese hombre, echándola de generoso conmigo? ¿Porque soy mujer, y á las mujeres se las puede ultrajar impunemente!... Si se irritan, se rien de su furor. Si desprecian, las juzgan insensibles. Si quieren tomar venganza, son tipos odiosos é irascibles, que nada tienen de mujer. Para esta pobre mitad del género humano solo hay sufrimiento ahogado, desesperacion reprimida. Han de arrojar los hombres el veneno en su corazón, y ella lo ha de tornar en almibar y en sonrisas de afecto y tranquilidad. Si

(1) Véase nuestro número anterior.

le arrancan la paz del alma, ó, lo que es peor, la honra y la virtud, tiene que esconder su rostro en el desgarrado pecho y ahogar allí las lágrimas y los dolores. ¡Irá á los tribunales?... ¡Imposible! Sería pública su ignominia. Además, solo á las niñas se las escucha. La mujer que pasa de los veinticinco años, ya no le pueden conceder los tribunales corazón ni inocencia para creer la perfidia de un hombre. En todos los estados de la vida la mujer debe callar. Su debilidad física es aun preferible á sus dolores morales; porque estos la acompañan desde el nacer al morir, sin poder hacer un esfuerzo que no doble su infortunio. ¡Este hombre!... este Fuensalida, ¡no habría ya recibido el castigo que merece su insolencia y su villanía si yo pudiese una hora siquiera revestirme de la dignidad de hombre que le falta á él? Esta proteccion que hoy me vende es un nuevo insulto, un nuevo lazo, no tengo duda. ¿Querrá hacer se mi amigo? ¿Querrá reconciliarse y obtener mi gracia? ¿Estará arrepentido de sus continuas ofensas? ¿Habrá reconocido que es injusto y cruel con quien solo le ha hecho la ofensa de no poderle amar? Pero... ¡no, no! El que es malo, siempre lo es. Las almas bajas y vulgares jamás pueden ser grandes y generosas. Y su carta, ¡no lo dice bien claro? ¡No es ella una prueba inequívoca de su bastardía? ¡Si me amase de veras, si fuese de noble condicion, no querría ver en mis sienes laureles manchados por la intriga y la injusticia!... Tampoco vendría á ofrecerme una vergonzosa proteccion, ¡á mí, que solo la del Dios que amo he sabido implorar en mi vida! ¡Pues qué!... ¡ha podido llegar su depravacion hasta creer que yo aceptaria tan ridículo papel!... ¡Elogios comprados!... ¡Reputacion adquirida con bajeza! ¡Premios debidos al amor de un hombre!... ¡Y ha habido quien se atreva á proponer á Julia semejante villanía? ¡Y vive ese hombre? ¡Y yo lo tolero? ¡Infeliz de mí!... ¡habia olvidado que era mujer! Mi padre era un valiente. Murió como bueno y honrado frente al enemigo. ¡Y yo... su hija, he heredado su sangre ardiente, su condicion bizarra y su energia; pero, ¡de qué me sirve todo esto si soy mujer!...

Así meditaba Julia, mientras gruesas lágrimas bajaban rodando por sus mejillas á reposar en su

seno, que latia con un nervioso impulso, como si el corazón quisiese abandonarle para siempre.

¡Cuántas escenas habia presenciado aquel gabinete hechicero, de esas que arrancan á la vida por cada dia un año, por cada minuto una hora!

De repente la jóven se levantó, y mirando con la vista estraviada los cuadros que tenia delante, se hincó de rodillas ante la Purísima, diciendo:

—¡Madre mia! ¡Madre mia! ¡Yo queria esponerte á las miradas de los hombres, porque te habia impuesto en ese lienzo con mi corazón de cristiana y mi alma de artista!... Pero la oferta de ese hombre, que no es digno de fijar los ojos en ti siquiera, me obligan á guardar mi tesoro; pues creeria el imbécil que habia aceptado al fin sus degradantes ofertas. Creeria ese digno jurado, tan noble como incorruptible, que yo habia pedido favor, ó bien teniéndome en poco, ú ofreciendo por laureles una hermosura sin pudor. ¡Estos cuadros!... ¡Ah! ¡Estos cuadros podian darme dinero! ¡Sí, dinero!... ¡Yo necesito oro, mucho oro, para salvar á mi pobre Elena! ¡Venderé mis joyas, mis galas, cuanto poseo!... ¡Pobre hermana mia, yo te salvaré! ¡Mas... esto es preciso que sea pronto! ¡Si llegase tarde, si ya no hubiese remedio, moriria de dolor! ¡Para qué quiero yo las riquezas? ¡Han podido hacerme feliz acaso? ¡Qué pobre, qué miserable es el oro que no compra la felicidad! ¡Seré pobre! ¡Sí, pobre! ¡Y qué mas pobreza que la de un espíritu abatido y dominado por un imposible? Ahora todo me sobra. ¡No veo ante mis ojos mas que un vacío: una sola esperanza, la eternidad! Pero cuando verdaderamente me vea despojada de cuanto poseo, y sea mi vida un tejido de materiales privaciones, el espíritu ahogará su infortunio, y, como todo me faltará en rededor, acaso apague su imperio el solo dolor de ahora. Debo ser mas desgraciada aun para olvidar mi desgracia. ¡Escribamos! Mi apoderado tendrá que sujetarse á las órdenes que voy á darle, si no por eficacia, siquiera por egoismo:

«Realice V. mis bienes en el término de tres dias, de los cuales cedo á V. la quinta parte si ejecuta puntualmente lo que le digo. Pienso marcharme al extranjero, acaso para no volver á España jamás, y es preciso reducir mis fincas y tierras á efectivo, y esto en muy corto término. Como conozco

que no es fácil se presenten compradores en el momento, puede V. tomar en valores lo que vea puede valer cuanto poseo, ó en el Banco, ó en alguna sociedad de negociaciones, hipotecando las fincas hasta su venta, y pagando entonces el tanto por ciento que impongan por el retardo.

—Allí, como en todas partes, hay quien solo medra con tratos de esta especie, y no faltará quien, viendo ventajas, me pague anticipado lo que puede vender luego por doble precio.

—Contésteme V. por telégrafo sí ó no, y se lo agradecerá mucho su segura servidora y amiga.

—"JULIA."

—Tú eres un viejo avaro, lo sé, que aceptarás mi proposición. Tuyos serán mis bienes al fin, pero yo salvaré á mi amiga. Si no pude ser su hermana en realidad, si el destino no lo quiso así, ahora voy á probarte que hubiera sabido llevar ese título como ninguna quizás. Pero ¿hay en esto alguna razón de egoísmo? ¿Lo hago por generosa abnegación? Siempre tengo en el fondo de mi alma algo que me grita sin cesar: "¡No eres todo lo buena que debes ser! Tus acciones llevan en sí el deseo de aparecer superior." ¡Ah! ¡Mi pobre tía, aquella bendita mujer, me enseñó á ser piadosa con mas generosidad!... ¡Si ella supiera!... ¡Si se pudiese levantar de la tumba y ver que lo que supo conservar con tantos afanes para que yo fuese feliz lo venderé hoy por lo que un avaro cualquiera quiera darme!... ¡Cuánto valdría esta acción si fuese por una infeliz madre, que, sin conocerla yo, llegase á mi puerta, diciendo: "Señora, necesito vuestros bienes para salvar á mis hijos: ¿quereis cedérmelos por piedad?" Pero ¡ay! todo está sujeto en el mundo al frío é interesado cálculo, ó á la vehemente llama del amor.

Estas reflexiones vinieron á interrumpirse por una carta que en su exterior demostraba ser de una persona de mezquina condición, pues venia escrita en un basto papel, y doblada con poco esmero; además la letra del sobre era desigual y torcida y hecha con una basta pluma, de pavo sin duda, y una tinta clara y pardusca á la vez.

—¿Quién te ha dado esta carta, Dolores?

—Una pobre mujer se la entregó al portero.

—¿Y no dijo su nombre?

—Creo que no.

—¿Ni quedó en venir por respuesta?

—Tampoco.

—Pues bien, retírate hasta que yo te necesite.

La criada obedeció, y Julia desdobló aquella carta, en la que decia:

"Señora: una pobre anciana, enferma y desvalida, necesita vuestra protección, sé que sois buena, y que nunca se os implora en vano. No tengo hijos, ni pariente alguno que me socorra. ¿Podré esperar que mireis con interés mi infortunio y seais el ángel de mi salvación? Pasado mañana acaso seria tarde; pues mañana mismo me van á administrar. No tengo ni un Crucifijo, ni una lámpara, ni una mesa que sirva de altar para recibir al Dios de la misericordia. Venid, señora, venid, y os bendecirá cien veces vuestra segura servidora,

"MAURA."

—¡Maura! ¡Maura! repitió enternecida. ¡Maura! ¡Yo creo haber oído este nombre alguna vez! ¡Sí, sí; creo que se encuentra en la lista de los pobres que esta semana han sido inscritos en la tertulia de doña Mercedes! ¿Y dónde vive? ¿No lo dice la carta? ¡Sí, sí! aquí, despues de la firma, están las señas. Veamos. ¡Sí, la misma, la misma! No cabe duda. ¡Pobre mujer! Hace tres días que he debido ir á verte. Tres días que me contaron tus infortunios, y no he pensado en ellos. ¡Ah! ¡soy muy culpable! Hace poco he dispuesto vender mis bienes para salvar una familia de la desgracia y del deshonor, porque esta familia es la mitad de mi ser, y no he pensado en la pobre anciana que moria en un oscuro rincón y que se encuentra sola y desvalida como un viejo arbusto sin ramaje que combate el huracán. ¡Pobre mujer! ¡quizás muera de hambre! ¡Quizás la misma miseria la mate sin que nadie se ocupe de ella! Si fuera joven y bonita, no la faltarian protectores que quisieran volverla á la vida para que fuese una mas en el campo de sus placeres y sus vicios; pero... una pobre vieja... eso es distinto. ¿De qué sirve en el mundo una pobre vieja? La corrupción dice que debieran recogerse todas ellas, como nocivas á la vista y contrarias al ornato público. Hace pocas noches, cuando se referia la historia de esa pobre mujer, me pareció que Fuensalida se reia de sus infortunios, y que

prestaba atencion tan solo por escarnecer mejor las rarezas de la vejez. ¡Quién sabe si la conocerá! ¡quizás sea una de sus víctimas! ¡es tan malvado ese hombre!... Pero, ¿qué me importa? Ella es desgraciada, implora mi auxilio, y mi deber es acudir en su amparo.

Julia, abismada en estas meditaciones, se quedó tristemente pensativa.

XXI.

La traicion.

Julia aguardó á que anoheciese; el día estaba nebuloso y algo mas que fatal para la infeliz que se preparaba á ir disfrazada á socorrer á aquella mujer que habia implorado su auxilio. Como en la carta decia que la iban á administrar, cogió un Crucifijo de marfil, dos candeleros de labrado cristal de roca, un calado paño de altar, una bandejilla pequeña de plata para las estopas, y cuanto creyó necesario á tan sagrado acto. Un criado la aguardaba para acompañarla, á quien entregó, colocado en un pañuelo de seda, todo el aparato sagrado, é intimándole á que la siguiese, echó á andar, llena el alma de entusiasmo porque iba á practicar una buena accion. Bien hubiese querido ir sola, cual hacia otras veces, pues jamás queria que nadie presenciara sus rasgos nobles y generosos; pero era de noche, y habian de atravesar calles estrechas y oscuras del mas apartado barrio, y era prudente llevar compañía, máxime cuando tenian que volver acaso tarde, segun el cuidado que reclamase la anciana; pero... ¿por qué habria una nota en su carta en que la citaba á una hora fija, siendo así que era un favor lo que pedia? Esto podia estrañarse en personas mas susceptibles que Julia, tratándose de una obra de caridad. Para ella, todos los pobres podian tener rarezas sin que las reparase. Podian ser desagradecidos, sin que esto atenuase su piedad. Podian tener vicios, sin que dejase de compadecerlos.

"Es pobre, pide por el amor de Dios, decia, y esto me basta para compadecerla y amarla." No buscaba los crímenes, no escudriñaba la razon ni el por

qué de las desgracias, ni el vago gemir de los miserables, para hallar siempre una razon de no hacer nada por ellos, cual sucede á muchos ricos.

"Si es un perdido ó un criminal, pensaba ella, se enmendará acaso á la vista de los buenos ejemplos! Si detesta los poderosos, cuando vea que estos le dan limosna y tienen un alma compasiva, desechará su aborrecimiento. Y si es un pobre bueno, verdaderamente bueno, llegará á la abnegacion, quizás hasta la santidad, viendo la piedad de sus hermanos. Si jamás se equivoca un Rey cuando perdona, tampoco se equivoca el rico al repartir sus dones: por un verdadero culpable que los reciba, hay muchos que los merecen, y que bendicen la mano piadosa que llevó á su hogar el pan que imploramos todos cada día. Aquellos desventurados nos lo piden á nosotros, y nosotros lo pedimos á Dios para dárselo á ellos. ¡Administracion divina que debemos tener con santo orgullo!"

Con esta y otras ideas atravesaba Julia las calles anhelando estrechar las manos de la pobre enferma, y recibir en cambio una de esas palabras de agradecimiento que recompensan con creces un acto meritorio. El único goce de Julia era el hacer bien: todo lo demas tenia tan poco encanto á sus ojos, que apenas sabia qué hacerse del enojo que el mundo le inspiraba; así es que pocos días se pasaban sin que su mano piadosa enjugase algunas lágrimas y su sonrisa de ángel no hiciese sonreír á un desgraciado. Jamás le habia reportado un sinsabor ninguna de sus limosnas domiciliarias, mientras que en las reuniones mas escogidas siempre habia hallado algun poco de acibar disfrazado con la careta de la dulzura. En la limosna solo encontraba bendiciones y amor, y en los saraos la envidia y la mala fe. Ya estaban cerca de la casa que buscaban, y el corazon de Julia latia con placer; pues aunque todas las limosnas le eran gratas en extremo, cuando se trataba de la ancianidad desvalida gozaba mucho mas, pues jamás podia ver una anciana sin recordar á su buena tia y verter una lágrima de ternura á su memoria.

—¡Si ella hubiese sido pobre!... ¡Oh! ¡Cuánto me hubiera yo alegrado de que las almas generosas la socorriesen! "Dar limosna á los demas es dársela á sí

misma; nunca olvidaba esta máxima enseñada por su tia.

Llegó á la casa de Maura, y se detuvo en el portal para tomar aliento y que el criado le diese el pañuelo donde iba envuelto el ornato del altar. Su modestia no le permitia que los criados presenciasen sus benignos hechos, y así le dijo que le aguardase sin desviarse de la puerta.

—Está bien, la contestó el criado; y se sentó en el umbral á aguardar á su señora.

Aquella casa era lo que se llama un caserón antiguo, que no hubiera parecido obra morisca á no tener una habitacion árabe, á la cual habia guardado el dueño muchas consideraciones cuando ya no habia sido destruida para formar una vivienda, como habia hecho con otras piezas donde el mosaico estaba emborronado por la cal.

Los propietarios suelen tener mas apego á las rentas que á las tradiciones y las antigüedades; así es que aquella casa grande, como vieja y carcomida, hubiera inspirado el mas bello romance oriental á un poeta, y el mas acabado cuadro de ruinas á un pintor, y el entusiasmo mas melancólico á un artista, mientras al dueño de aquel tesoro de la famosa conquista de nuestros Reyes solo contaba sus alquileres y el ensanche que se la podia dar para hacerla mas lucrativa.

La pieza árabe hubiera caido mil veces al suelo, sin piedad á sus cincelados estucos, á sus románticas inscripciones, á los piadosos letreros de su portada, á no ser porque le daban por ella una cantidad mensual que apagaba sus miras. Si no, ¿cómo era posible que él conservase aquel sombrío salon donde la injuria del tiempo habia destruido los colores, los alicatados, y aun emborronado las labores que apenas se distinguian?... Con esmero, buen gusto y entusiasmo, acaso se hubieran podido reparar los girones de aquella preciosa arquitectura, máxime cuando el dueño era riquísimo; pero... ¿quién se mete á tener corazon y amor á los pasados siglos y las antiguas glorias, habiendo tanto de qué ocuparse al presente? Lo cierto es que aquella sala sombría, siempre á medias tintas como todas las de los indolentes moros, habia sido alquilada por una sociedad de jóvenes para hacerla juego de billar.

Aunque aquello no era café, ni elegante casino, ni nada que se le pareciese, no por eso dejaban de asistir hijos de buenas casas y echar buenas partidas y perder los intereses que era un contento. Los hombres, estremados siempre en sus aficiones, irian á saciarlas aunque fuese á Pekin; así es que, aunque aquel fuese barrio apartado y hubiese que cruzar algunas callejas algo sospechosas, esto no importaba, pues los aficionados al juego subirian á la Giralda treinta veces al dia, si allí les esperase hacer una carambola siquiera. Además que allí se solian dar noticias interesantes y jugarse á mas de las bolas el honor de alguna familia ó de alguna hermosura deslumbrante, pues si bien asistian algunos jóvenes de nobles sentimientos, otros en cambio eran una crónica andante de cuanto sucedia en la poblacion. La puerta de este teatro, donde todos los dias se podian formar argumentos para comedias de costumbres, sainetes y aun dramas, siempre estaba abierta, y daba á la escalera. Por cierto que daba risa, pues parecia un arlequin segun de los colores que constaba. Pertenecia á tres ó cuatro arquitecturas, siendo los tabloncillos del cierre enteramente toscos, del mas basto trabajo de carpintería; pero esto no importaba, supuesto que siempre habia de estar de par en par, como entrada de cueva.

Cuando pasó por allí Julia, aun no estaban los jugadores en el salon; así es que ni aun siquiera reparó en aquella habitacion sombría, ni en las otras varias habitaciones de que constaba el edificio. Un farolillo turbio, como cristal embadurnado de almidon, alumbraba la escalera, y á su dudoso resplandor fue subiendo la piadosa jóven, deseando encontrar el cuartito de la tia Maura, que estaba en el final de un corredor del último piso. Con efecto, le halló al fin, y empujando una agujereada mampara, color de plomo, entró en una pieza pequeña y desmantelada, alumbrada por un antiguo candil colgado de un clavo. El corazon de Julia se oprimió con el aire nauseabundo que exhalaba el cuarto, y no pudo menos de esclamar en su interior: «¿Para qué tanto lujo en mi gabinete, tantos perfumes y riquezas, haciéndola falta á una anciana infeliz, si quiera fuesen las sobras de mi culpable vanidad?» Dió algunos pasos, y se acercó á un lecho miserable

donde yacia tendida la pobre anciana, que en aquellos instantes dormia. La contempló con tristeza, diciendo:

—¡Oh! esta mujer tiene cara de santa como mi difunta tía. ¡Infeliz!... ¡cuán miserable está! ¡Pobrecita, tiene hundida la cabeza como un colérico cuando la clava en la almohada! ¡Es que ella no la tiene! ¡es que está la desventurada sin siquiera lo necesario para entregar la vida, sin que la ahogue anticipadamente esa posicion violenta!... ¡Cuántos avaros mirarian esta escena con frialdad, teniendo en sus arcas piezas de ricas holandas que no ofrecieran nunca á la vejez desvalida ni á la juventud honrada! ¡Pobre mujer, yo haré mas llevaderos tus últimos dias, y entibiaré con este goce las amarguras de mi corazón!

Y diciendo esto colocó en una alta y mugrienta mesa cuanto habia llevado, y descendiendo rápida otra vez por la escalera, fue á dar órdenes á su criado, que estaba á la puerta como un centinela.

—Ve á casa, le dijo, y dile á mi doncella que te dé dos sábanas de hilo, dos blandos almohadones y una colcha algodónada. Esto por ahora; pues mañana traerás una cama completa para una infeliz mujer que ha reclamado mi auxilio.

En seguida volvió á subir la escalera, ya mas tranquila, é interin despertaba la buena mujer empezó á colocar en la mesa el blanco paño, el Crucifijo, los candeleros y demas cosas que llevaba. En seguida encendió las dos velas para alumbrar siquiera la estancia, y se sentó á descansar sobre un arca vieja y grande que habia junto á la cama: esta y dos sillas, casi sin asiento, componian el ajuar de aquella pobre mujer. En medio de aquel cuadro sombrío se destacaba la blanca y hermosa figura de la Caridad en el satisfecho semblante de Julia. Sus ojos brillaban á la luz de las bujías como dos luceros en el hueco de las nubes de una tempestad, y su hermosa frente, coronada de sedosos cabellos, estaba llena de majestad y belleza. Así es que al despertar la vieja Maura la tuvo por un ángel, y el altar y las bujías que alumbraban su pobre morada, por el sitio destinado para ella en la gloria. Se creyó que habia muerto y que resucitaba en el paraíso: entonces su razon estraviada se sintió firme. Allí estaba segura; allí na-

die la perseguiria; allí no tendria frio, ni hambre, ni sed, ni infortunio. Ya no pediria limosna como en su niñez y en su ancianidad, ni la agobiarian los años y los dolores. Para cerciorarse de que no era un sueño se sentó en la cama, y, estendiendo los brazos en derredor y cruzándolos luego sobre el pecho, empezó á decir oraciones y cánticos sagrados.

La voz de la anciana era dulce, aunque temblorosa, en su religioso cántico, y Julia, impulsada por un blando movimiento, se fue acercando á la cama pausadamente, y al concluir Maura se arrodilló á su lado silenciosamente. La anciana puso ambas manos sobre la cabeza de su bienhechora, y exclamó:

—¡Ah! ¡te conozco! ¡Tú eres Elvira, mi hermosa señora! Vienes disfrazada porque él no te vea. ¡No tengas miedo; ya no me persigue nadie! En la gloria no hay enemigos. ¡Todos se quedaron allá abajo! ¡Dejadlos, dejadlos! ¡Desde aquí los veo devorarse! Pero tú eres buena, y nada tienes que ver con los malos. Ellos son crueles, como tú piadosa. ¡Ven, ven sobre mi corazón! ¡Cuánto deseaba verte! ¡No llores porque no estás allí con él! Él no te queria. Los tigres no conocen á sus madres sino cuando los amamantan: luego las abandonan.

La anciana deliraba. Despues de una pausa, continuó diciendo con exaltacion, y como si temiera que alguien hiciese daño á Julia:

—¡No! ¡No tengas miedo! ¡Aquí no puede venir! ¡La gloria no es de los impíos! Si ellos la ocupasen, ¡qué lugar nos dejarian á los que á nadie perseguimos ni hicimos daño en el mundo! ¡Pero!... ¡Qué es eso!... ¡No oyes sus pasos!... ¡Suenan ahí! ¡en el corredor!... ¡Cierra la puerta! ¡Ciérrala! ¡pronto! ¡muy pronto!... ¡Va á entrar!... ¡Nos va á sorprender!... Nos mataria. ¡Es él!... ¡No lo oyes! ¡Mira!... ¡Mira! ¡Ya viene!... ¡Conozco sus pasos!... ¡Ah! ¡Ya es tarde!...

Y la enferma cayó sin sentido, chocando la cabeza contra la pared. La infeliz no se engañaba. Habia oido los pasos de una bota elegante, sonido que no puede confundirse fácilmente, sobre todo á la moradora de una habitacion donde solo entraba el pobre sereno con su calzado gallego, ó los muchachos de este, descalzos casi siempre. Julia era una mujer enérgica y varonil en extremo; pero el sitio en que

se hallaba, los resplandores de las bujías, aquella mujer delirante que con ojos desencajados miraba hacia la puerta, su desmayo repentino, los pasos que verdaderamente se oyeron, la hicieron estremecerse, palidecer, y quedar casi paralizado su corazón y su sangre. Quiso andar y cerrar la puerta, según le decía aquella aterrorizada mujer; pero se quedó sin movimiento en medio del camino, y sintió que un vapor subía á su cabeza y la privaba del sentido.

—¡Estoy perdida! exclamó, porque en medio de aquel vértigo recordaba que estaba sola.

El hombre apareció al fin. Julia dió un grito terrible. Él se adelantó hasta ella: se miraron con asombro, y por uno de esos movimientos en que la razón no tiene parte, se arrojaron el uno en brazos del otro.

—¡Estoy salvada!

—¿Qué temáis? fueron las dos voces que se oyeron al estrecharse así aquellos dos seres separados tanto tiempo.

Peró como esto fue obra del terror en uno, y del deseo de proteger en el otro, pasado el peligro imaginario, ambos se separaron cual si tuviesen vergüenza de un hecho sin culpa, en el cual hasta dos enemigos hubieran ejecutado lo mismo si temían una desgracia mayor.

—¡Julia!

—¡Arturo! se dijeron mirándose con tristeza.

—¿Por qué ese terror, y por qué os hallais en este sitio?

—¡Esta infeliz mujer lo reclamaba así! Y vos... ¿qué venis á hacer aquí en este miserable retiro de la desgracia?

—He recibido una esquila en que esa infeliz mujer me pedía auxilio.

—¿Es extraño! ¿De qué os conocia?

—¿Y á vos?

—¡No lo sé!

—Aquí hay un misterio.

—Así lo creo.

—¿Á qué hora os citaron á vos?

—Después de oraciones.

—A mí también.

—¿Traéis la esquila?

—Sí, aquí debo tenerla! ¡Dejad!... ¡En el libro de memorias!... Y vos, ¿teneis la carta?

—¡Sí!

—¡Comprobémoslas!...

—Peró... ¿si no la hallo!

—¡Traed! ¡estais temblando!...

Y Julia, sin reflexionar, cogió el libro de memorias, y aunque hojeaba ligera, no pudo ménos de ver escritas allí dos fechas que conocia perfectamente. La del día en que se vieron ambos por primera vez, y la de la noche en que ella estuvo á punto de morir y recibió los Sacramentos, estando Arturo al lado de su cama entre los que acompañaban al Señor.

—¿Cuánto me ama! dijo interiormente, al mismo tiempo que desdoblaba la esquila hallada al fin entre otros papeles. ¡No hay duda!... tiene la misma letra que la mía. ¡Arturo, no sé qué pensar!...

—¡Oh, respondió este lleno de profundo dolor! quizás no estará todavía contento el mundo de nuestra virtud y sufrimientos, y nos prepara algun lazo. Es preciso que esa mujer hable. Acaso es su letargo fingido. Acaso estamos en una mansion mas miserable de lo que creemos. De esas mansiones donde al salir se puede llevar el corazón puro, pero la frente manchada; porque en esta hermosa ciudad hay sitios, señora, donde ni para decir una oración debe penetrar una mujer virtuosa.

—Este cuarto miserable no es una estancia corrompida. Esa mujer está loca, ¡pero ni es ni ha sido mala jamás! respondió Julia con firmeza.

—¿La conoceis?

—Conozco su historia; la vi en casa de doña Mercedes.

—Pues entonces, ¿por qué ese terror al oír mis pasos?

—Porque esta mujer tiene un enemigo que no tendria remordimiento en matarla por no darla ciertos bienes que la pertenecen.

—¿Su nombre?...

—No lo recuerdo; si ahora tiemblo, es porque en casa de doña Mercedes habia un hombre infame que al oír hablar de esta pobre mujer se sonrió con diabólica ironía, prestó mucha atención á lo que se dijo, y mas cuando oyó mi promesa de socorrerla. ¡Oh! ¡él nos ha tendido este lazo!

—¿Y cómo se llama ese hombre?

—No puedo decíroslo.

Aquel hombre á quien Julia no quiso nombrar era Fuensalida.

—¿Y por qué? exclamó Arturo con exaltación?

—Porque hay cosas en la existencia de ambos que no debéis saber nunca.

—¿Á quién teméis?

—Á vos.

—¿No me conocéis!...

—Pero conozco vuestro estado. ¡No sois libre, teneis una esposa!...

—¿Que me hace todo lo desgraciado que puede ser el mas infeliz de los hombres!

—Pero ¿qué es vuestra esposa?... exclamó Julia con dignidad, como intimando una orden de que no ofendiese á aquella mujer en su presencia.

—¿Sois un ángel!

—Soy una mujer cristiana, y nada mas. ¡Los momentos son preciosos, Arturo! ¡Ya conocéis que no debírais permanecer aquí un instante al encontrarme en compañía de esta infeliz! Descuidad por ella: yo no la abandonaré hasta su total curación. ¡Descuidad, y marchaos! ¿Qué diría esa sociedad, ávida siempre de dar culpas, y no premios, si nos hallasen aquí reunidos? ¡Arturo! Sospecho que quieren perdernos á los dos. Yo parto mañana de Sevilla. Voy al extranjero; pero es necesario que os hagais cargo de la casa de vuestra hermana.

—¡Imposible! exclamó Arturo, anonadado á la idea de que aquella mujer que tanto amaba partiese para no volverla á ver quizás.

—Mi resolución está tomada. Ya lo he escrito á Elena, asegurándola que V. quedará al frente de los negocios.

—¿Julia! ¿Julia!... ¡Yo vivía feliz solo con saber que el hermoso cielo de Andalucía nos daba su luz á ambos!...

(Se continuará.)

ESPLICACION DEL FIGURIN NUM. 2,490.

TRAJES DE BAILE.

Primera figura. Vestido de tul con tres faldas; en el extremo de cada una de ellas va colocado un volante de blonda formando ondas, entre las cuales

cae un grupo de cintas de raso color de rosa, retenidas por una rosa. El cuerpo va adornado de un figaro formado por bullones de tul. La espalda se prolonga en una larga *aldeta frac*. Chaleco de raso con bolsillos de blonda; el cuerpo está adornado con un ligero cordon de flores y un volantito de blonda. El prendido de la cabeza se compone de grupos de flores arrolladas á un cordon de terciopelo.

Segunda figura. Vestido de muselina azul, adornado por delante en forma de delantal, con bullones terminados por lazos. Cuerpo fruncido; cinturón de tafetan con *aldetas* atrás; corona Luis XV, de flores menudas, insectos y gotas de agua.

Tercera figura. Vestido de *Point-de-soie*, blanco. El bajo de la falda va adornado de una greca compuesta de violetas puestas á la cabeza de un encaje de Chantilly. Segunda falda de tul guarnecida del mismo modo, y recogida por el lado izquierdo por una ancha cinta morada que termina en un lazo y dos cabos bordados, y con fleco al extremo. Cuerpo escotado; la espalda se prolonga en tres *aldetas*: la del centro concluye en greca; todo guarnecido de violetas y encajes como las faldas. Mangas cortas formadas por un bullón, violetas sembradas en el cabello, y un grupo con hojas verdes en el bandó izquierdo.

Este traje es de un efecto maravilloso, y al mismo tiempo muy distinguido y elegante. Las violetas para el adorno podrán encontrarlas nuestras lectoras en casa de Mad. Elisa Grenet (Puerta del Sol, 14), donde hemos visto un ramillete de ellas preciosísimo; estaban coronadas por gotas de rocío, lo que de noche debe hacer un mágico efecto.

Cuarta figura. Vestido de tarlatana blanco guarnecido de seis órdenes de escarolados de glasé verde, describiendo festones. Cuerpo escotado con berta fruncida de glasé verde. Cinturón lo mismo, abrochado con cadenillas y botones de fantasía. En la cabeza, prendido de flores acuáticas.

Por todo lo no firmado,
El Secretario de la Redacción, ENRIQUE DOMENECH.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1864.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrull,
calle del Pez, núm. 6, principal.



Marie Tondouze 2490

LA VIOLETA

Redaccion y Administracion Ayuntamiento de Madrid

